

DISPARATARIO

POR
CARLOS ILLESCAS

ASESINATO Y PERIODISMO¹

Actas de la Sociedad
Amigos de lo Bello

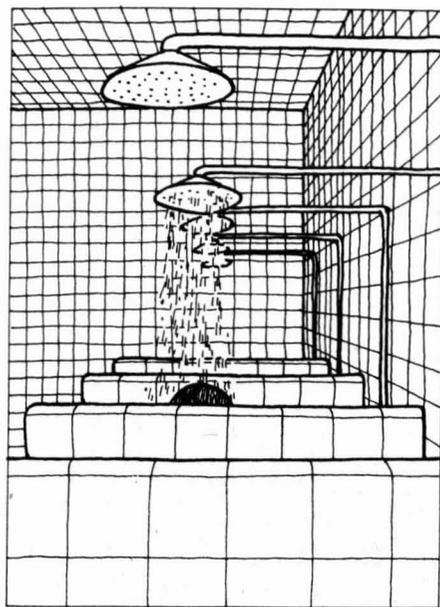
Señoras y señores:

¿Podría ser considerado el periodismo como una de las bellas artes? Yo pienso que sí, siempre y cuando conpongamos en una serie de cuestiones previas, entre las cuales la siguiente no es la más importante. Un autor, cuyo nombre no me ha sido posible recordar, el siglo pasado sorprendió a los lectores de habla inglesa al publicar un pequeño trabajo por el que pedía que el asesinato fuera incluido en el orden de obras humanas que merecen la reputación de artísticas.²

A decir verdad, nunca he sabido la suerte que corrió la proposición aludida, pero teniendo a la vista el curso de la historia humana, que jamás engaña e ilustra siempre, he terminado por creer que el asesinato sí cabe en la lista de manifestaciones espirituales que propician Apolo y las Musas, abogados de las bellas artes.

Estimemos, pues, que si el asesinato merece tan sublime computación ¿qué no esperar entonces del periodismo, actividad excitante entre muy pocas? Creo que el periodismo posee también títulos sobrados para aspirar a su inclusión en el catálogo donde campean la poesía, la arquitectura, la música, la pintura, el asesinato mismo, y todas las cosas predisuestas a la creación superior.

Reflexionemos. Si muchos esta-



mos en aptitud de aceptar el crimen como emanación divina de la cultura, entonces no hay impedimento que frene el ánimo al exigir que el periodismo ocupe un sitio tan sobresaliente como el concedido al esfuerzo conmocionante de eliminar a una o varias personas.

Señoras y señores, los invito desde este momento a considerar el periodismo como áureo gajo del laurel olímpico.

Si me prestan su atención, estoy seguro de que hasta a los remisos se les alcanzará que entre asesinato y periodismo no existe la diferencia que sólo los ciegos de espíritu quieren ver. Analicemos el asunto y de primera intención formulemos dos preguntas. ¿Qué es un criminal? ¿qué es un periodista?

El primero es un ser superdotado, conocedor científico de las pasiones humanas, un trágico; la intuición le permite situarse en el punto nodal de la creación artística, en donde establece los estímulos que compendian el mundo del sentimiento y de la inteligencia; investido de conocimientos y sensaciones sabe planear y ejecutar el hecho estético, fina y vigorosamente concebido.

La respuesta a la segunda pregunta corre explayada en la siguiente aserción. No otra cosa es y hace el periodista que, saturado hasta los huesos por la sensibilidad heroica (yo la llamaría mística del intelecto) enfrenta la materia de su arte con ánimo singular. Veámoslo ejercer el deífico sentado a la máquina de escribir redactando editoriales, artículos de fondo y políticos, notas de crítica sobre literatura, pintura o música. En ambos, asesino y periodista, el sentimiento mágico de la vida gobierna a la razón; pero esto ocurre en forma momentánea porque posteriormente el cerebro regirá los grados categoriales de un trabajo que va desde la ideación universalizante hasta la

materialización del hecho particular, artístico. ¡La obra bella enfrentada a la caducidad del tiempo!

Varios entre los aquí presentes conocemos a muchos y competentes asesinos. Solicito que elijamos entre ellos al más experto y observemos cómo sigue sin torcer línea ni enmendar paso las leyes contenidas en una especie de doctrinal para delincuentes. ¿Revelaré cosas obvias? En primer lugar elige una víctima (su víctima, y no otra; como el escultor genial selecciona su mármol; el pintor exigente sus pinceles); a continuación imagina cómo extirparla de la faz de la tierra, lo que equivale a anticipar la visión de la empresa en conjunto dentro del orden (desorden) caótico del universo en gestación. A seguida, establece los grados o categorías prácticos de la acción, que lo llevarán desde el momento de producir una atmósfera propicia hasta el último anticlímax del drama implícito en el golpe definitivo —antescesor del clímax que define la cosmovisión de poder disimular el delito y saber evadir con eficacia la acción de la justicia.

Ahora los convindo a cambiar de sitio el emplazamiento de los artilugios de observación. ¿Cómo opera el periodista? Las diferencias prácticas son pocas así hayan de variar la materia y los instrumentos de trabajo. Un elemento extraño se introduce sin embargo en el mundo del periodista, porque éste cuenta con la ventajosa circunstancia de que su "producto estético" se mira seguido siempre de la impunidad así haya movido a indignación y repulsa al público y haya, asimismo, incurrido en la torpeza a extremos de que sus lectores lo señalen con el dedo.

Anticipándome a cualquier impugnación momentánea, me apresuro a decir que la torpeza del periodista no puede ser la torpeza del asesino, quien no debe incurrir en ella si quiere verse fuera de la cárcel y libre de ser llamado inepto. El atolondramiento del primero constituye, en cambio, un acto de alta computación axiológica; es un valor, y de los más reputados, si no bástenos observar cómo es aplaudido a diario en editoriales, gacetillas, artículos, apostillas y demás formas de comunicación periodística con el público que, en el caso, es la víctima indicada de los artistas de la pluma.

¿El asesino es un ser desalmado? Sí; también lo es el periodista. Reparo en este particular para eludir alguna contradicción que pudiera salirme al paso. En efecto, seamos tomistas o neoplatónicos aficionados, todos somos contestes de que el artista está dotado de un espíritu (soplo di-

vino) que le dicta reglas estéticas. Sin embargo, no posee alma, y esto ocurre por incapacidad física para conservarla. ¡Ajá!, dirán ustedes, ¿y cómo puede ser eso?

El creador de belleza sanguinosa pierde parte de su alma en cada obra que ejecuta, y por ello, a mayor número de actos de belleza que efectúa, menos ánima le va quedando en el cuerpo, vaso receptor del primera aliento.

Con el objeto de precaver tentaciones nocivas de muchos positivistas, ateístas trasnochados, recomiendo no buscar alma alguna en el cuerpo de los periodistas, a no ser en sus escritos. Contemplemos a uno entre los infinitos que conocemos y veamos cómo, al parejo que un asesino en activo, se desalma día a día hasta no dejar de sí más que el cascarón del cuerpo. ¿Que el desalmamiento en vida es condición privativa del arte verdadero? Yo pienso que sí. Además, afirmo que Miguel Angel nos ha dejado el espíritu impreso en sus esculturas y pinturas, Beethoven en sus partituras, Shakespeare en sus dramas, Landru en sus procesos, Virgilio Gayda en sus artículos.

Si mis palabras no han sido inútiles, entonces no vacilemos en afirmar que el periodismo debe ser considerado como una de las bellas artes. Impidamos que los dioses menores se empeñen en demostrar lo contrario y menos aún intentemos seguirlos en sus torpes embates contra la armonía del mundo.

La alta cultura nos espera armados de todas armas para arremeter contra los ejércitos de la estolidez, ayer y hoy pertrechada en el corazón de quienes serían capaces de quemar un Picasso en la hoguera de la insania, lo cual no constituye, aun queriéndolo así, empresa grata a los ojos de las Musas. Gracias. (Aplausos tibios.)

Notas:

¹ Palabras del señor Librado del Pomar, durante la cena mensual de la Sociedad, celebrada el Día de la Libertad de Prensa. 1954.

² Resulta evidente que el orador alude a Thomas de Quincey, autor del Ensayo sobre el asesinato considerado como una de las bellas artes, publicado en 1825 por el Blackwood's Magazine de Londres.

LECTURAS

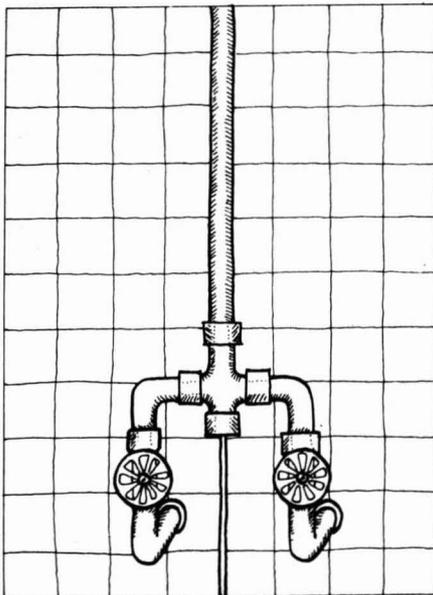
POR FERNANDO
DEL MORAL LÓPEZ

SARDUY: DEL BARROCO AL TANTRA

1. Barroco

Sarduy produce un estudio extenso sobre el barroco centrandose diversidades y disolviendo el sujeto; o más bien se aviene al nuevo sujeto polívoco del discurso, que sostiene una inscripción excesiva, significativa capital que denomina "retombée" (Fr. isomorfía, no contigua, causalidad acróica, anticipación.) El libro así titulado incluye una asociación de códigos pictóricos, poéticos, científicos y cosmogónicos, en ellos no hay separación perceptible entre presente y pasado o entre lógica e intuición, el pensamiento se desliza sin concentración.

Las Meninas incide otra vez en su libro para servir de postigo a las consideraciones epistemológicas que demarcan precisamente ese tiempo de la disertación sin ensayo. Las Meninas es la obra elidida, eclipsada



como tal, paradigma de la metáfora barroca, sin modelo y sin imagen, sino producida en doble elisión. El análisis de Sarduy esquivando los planteos y las consideraciones conclusivas, más bien delira sobre las opciones de lectura de la historia, invita a elucidar el cuerpo simbólico del barroco oponiendo el círculo a la elipse, Galileo y Kepler y las teorías cosmológicas contemporáneas del Bing-Bang y del Steady State.

Cosmologías asociadas a las epistemes, mientras el barroco nos hace pensar en el vértigo de la génesis filológica. La imagen de una perla irregular, lo minucioso, la construcción paciente, la excentricidad, Góngora, Caravaggio. Contraste sin mediación entre la luz y la sombra. Supresión entre un término y otro, por medio de una abrupta yuxtaposición de contrarios. Barroco... también el arte de la argucia, la relación inédita e insólita, noche brusca sobre lo Otro. Doble "S" monogramática en la pintura del Greco; no estructura: doble S, escritura línea serpentina y llama, doble foco espacial. La elipse es la figura típica del barroco: no considerada como figura cerrada y fija, puede ser asimilada a una dialéctica formal de componentes dinámicos y múltiples.

Como la hipérbola y la parábola, la elipse connota dos espacios, uno geométrico y otro retórico. El barroco se translada también a lo excéntrico, al *camp* y al *kitsch*, la figura del bucle adviene connotando otra vez el giro astral, bucle, del latín *buccula*, figura de vuelta, boca. Barroco, boca abierta, de la a a la o, sentido áurico, de la elipse al círculo. Galileo metamorfiza desintegraciones, el juego de las esferas, las manchas de los astros. El círculo vuelve en Rafael en forma de planos de conversión del modelo científico en el espacio simbólico. El barroco en el límite sería subversivo, dilapida el lenguaje o la forma en función del placer, en la retórica barroca el erotismo comporta la ruptura con el universo denotativo y discreto del lenguaje. Heredado en Guimaraes Rosa y Lezama Lima fertiliza el texto con polivalencias infinitas. El texto de *Cobra* es una S que viaja por todos los espacios del lenguaje.

2. Lectura doliente y, no obstante, gozosa.

El texto de *Cobra* no se puede seguir, "misterio gozoso y doloroso". Se puede seguir tortuosamente. Puedo interpretarlo en el doble sentido de ejecutarlo musicalmente y de aplicarle una lectura que me diga sus